

AMOR GEOGRÁFICO

SEUDÓNIMO: RODRIGO PECO

Mi querido amor geográfico:

Nos conocimos, allá cuando éramos adolescentes, en clase de Geografía. A partir de ese momento, hemos sido inseparables. Nuestra unión desde entonces es tan firme como la unión de las rías con el mar, que se adentran con dulzura, mezclan sus aguas y el mar las acoge con un abrazo de espuma.

Si mi vida fuese un mapa, tú serías la brújula que me orienta por el camino adecuado. Eres mi destino, mi horizonte, donde el cielo toca la tierra, igual como mis manos acarician tus arrugas.

Mi amor por ti me recuerda a la fortaleza de las cordilleras antiguas, que se formaron lentamente, capa sobre capa, sólidas como rocas, con la paciencia de quien ha aprendido a esperar. También posee la profundidad de un cañón o de una foz, que se han construido por el paso fluvial constante a lo largo de muchísimos años.

Nos complementamos como los cabos y las bahías, en un continuo zigzag de amor entre la tierra y el mar. Yo siempre he acudido a ti para buscar refugio seguro en el puerto de tu ensenada. Pero nuestra relación también ha sufrido altibajos y dificultades, porque hemos tenido que recorrer senderos angostos y pedregosos hasta llegar a este terreno actual más estable y macizo.

Somos de tierra adentro, de la amplia y llana meseta que simboliza la calma y la estabilidad en nuestra relación. Pero, a la vez, añoramos el mar. Por eso,

eres mi costa, en la que rompen mis olas, con muchos vaivenes en nuestras vidas como las mareas que suben y bajan. A lo largo de tantos años de nuestra unión, las fuerzas de las mareas y de las olas nos han modelado una vida con un paisaje espectacular. Cuando yo he temido que la marea me arrastre, tú siempre has permanecido a mi lado, como los acantilados firmes que protegen de las tempestades.

Nuestro amor nació impetuoso, como un manantial que brota salvaje con fuerza, que se despeña y serpentea entre las rocas. Ahora es como el río en la llanura que va calmado y con mayor cauce, más profundo y más ancho. Nuestras aguas fluyen mansas por un cuenca segura y estable, con la aportación de los afluentes, que son nuestros hijos.

Si, como escribió el poeta manriqueño, “nuestras vidas son los ríos que van a dar en el mar que es el morir”, espero que esa desembocadura llegue a la mayor tardanza y podamos continuar mucho tiempo más juntos en estas dulces aguas.